

## EL MIEDO

Germà Bel

(Publicado en *La Vanguardia*, 3 de julio de 2012)

El último barómetro político del CEO establece por primera vez que una mayoría de catalanes, el 51%, votaría a favor en un referéndum por la independencia, un 21% votaría en contra, un 21% no votaría, y un 7% no sabría qué hacer. Sabemos que las encuestas pueden reflejar mal lo que pasaría si realmente se hiciese un referéndum. Así que pongamos todos los condicionales necesarios. Con todo, es clara en Cataluña la tendencia favorable a mayores cuotas de soberanía política y económica, cuando no a la soberanía máxima -en el marco de la integración europea, claro está.

Como reacción al barómetro, los dos principales dirigentes catalanes de partidos estatales, Alicia Sánchez Camacho, del PP, y Pere Navarro, del PSC, coincidían (por separado) en afirmar que la independencia empobrecería a Cataluña. Es una valoración legítima, heredera de décadas en que se creía que la prosperidad se basaba en tener mercados cautivos para exportar productos y tener superávit comerciales. Pero no se acomoda con lo poco que sabemos de la Economía: la riqueza de las naciones se basa en la acumulación de capital -con un papel crucial del ahorro-, de las capacidades humanas -a menudo llamado capital humano-, y de la capacidad de innovación. Y a todo esto ayudan mucho más los mercados abiertos y la competencia, que espolean actitudes y aptitudes, que los mercados cautivos y otras nostalgias autárquicas.

Muchas decisiones colectivas son complejas, y casi siempre se pueden encontrar aspectos positivos y negativos en los cambios o en la preservación del status quo. Por eso los debates de política pública se miran desde diferentes perspectivas. Pero promover el miedo no es una táctica ganadora en sociedades abiertas y libres, porque es un camino que sólo ofrece resignación y frustración. En este ámbito me parece destacable la aportación de la Sra. Delegada del Gobierno de España en Cataluña, cuando por abril nos advertía que una Cataluña independiente sería uno de los estados más pobres de Europa: la independencia nos haría salir de la UE, y se aplicarían aranceles del 40% mientras no se produjese el reingreso, y esto "en el mejor de los casos, y si nadie lo vetara". Debemos creer a la Delegada del Gobierno si nos avisa que el Gobierno del que es Delegada haría posibles e imposibles para empobrecer a ciudadanos que hoy dice considerar propios. Claro que de ahí a que un eventual Estado de Cataluña no llegase al nivel de relaciones económicas y comerciales que ya tienen países como Marruecos e Israel (y eso por no hablar del Espacio Económico Europeo, que ya deben ser palabras mayores). Demasiado semejante a la reacción del mal tratador ante una amenaza de divorcio.

Los responsables políticos y representantes institucionales de ámbito estatal contrarios al Estado propio tendrían más capacidad de persuasión y más éxito si se dieran una vuelta por el Reino Unido y -al volver- dijese lo que allí es costumbre: "como no puede ser de otra forma, los poderes estatales respetarán la voluntad libremente expresada por los catalanes ". ¿O no?